

apareció estarlo de igual modo; pero ambos repitieron nuevamente que no tomarían la iniciativa. Sin embargo, era evidente que no dudaban de la guerra, lo más tarde para el año inmediato; que se habían desvanecido completamente las impresiones algo más favorables producidas por la presencia de Mr. de Lauristón y por su lenguaje en San Petersburgo, y que se iban á emplear aun más activamente el otoño y el invierno en ponerse en aptitud de sostener una lucha decisiva y terrible.

Tal era también la disposición de Napoleón con corta diferencia, sólo que, sacando de sí propio los motivos de la guerra, no había cesado de tenerla por segura y de prestarse á ella. De enviar acababa hacia el Elba los cuartos y sextos batallones, lo cual debía formar cinco batallones de guerra por regimiento, y como los regimientos del mariscal Davout ascendían á diez y seis, se elevaba el total á ochenta batallones de la más hermosa infantería. Agregando á esta suma los cazadores corsos y los del Po y algunos destacamentos españoles y portugueses, Napoleón se proponía hacer subir á noventa batallones el cuerpo del Elba, distribuyéndolos en cinco divisiones de igual fuerza. Una excelente división polaca, otra compuesta de veteranos de las ciudades anseáticas, licenciados ahora, y otra formada de habitantes de Iliria habían de aumentar el número de las divisiones del mariscal Davout hasta ocho. Muchos oficiales franceses, unos procedentes del servicio extranjero desde la incorporación de su país natal á la Francia, otros salidos de la escuela de los generales Friand, Morand y Gudín, debían contribuir á realzar el espíritu de estas tropas de origen extranjero. Napoleón se lisonjaba de que bajo la mano de hierro del mariscal Davout y cerca del foco de patriotismo y honor militar encendido en su ejército, estos españoles, portugueses, ilirios y anseatas llegarían á valer lo que los franceses.

Según ya hemos dicho, Napoleón trabajaba para formar detrás del Elba su segundo ejército, llamado cuerpo del Rhin, con una docena de regimientos que habían peleado en Essling á las órdenes de Lannes y Massena, y á los cuales quería agregar las tropas holandesas. Proponíase hacer que estos regimientos constaran de cuatro y aun cinco batallones de guerra, después de haber renunciado á los batallones de preferencia, seguro como estaba de tener un año más para dar cima á sus preparativos.

Aquí es la ocasión de patentizar la increíble fecundidad del talento que desplegaba en la creación de sus recursos, fecundidad que, llevada como todas las grandes dotes hasta el abuso, le debía arrastrar á veces á creaciones artificiales, y cuya debilidad se echó harto de ver en la campaña siguiente. Se ha visto que á la conscripción de 1811, sacada del todo, quiso añadir un suplemento considerable por el número y la calidad de los hombres, y era el que se podía proporcionar con los prófugos de los años anteriores. Once ó doce columnas movilizadas, cruzando la Francia en todas direcciones, obligaron á cincuenta ó sesenta mil de estos prófugos á someterse. Tan dura como eficaz era la providencia: sin embargo, había que temer que sólo se hubiera conseguido incorporarlos para que desertaran de nuevo, cuando supieran que sus padres estaban ya libres de los *garnisarios*. Prenderlos era poner su salud en peligro y atestar las cárceles; enviarlos á los depósitos era abrirles

la puerta para que se escaparan. Napoleón tuvo el pensamiento de instruirlos en las islas adyacentes á Francia, y desde las cuales no podían apelar á la fuga. Para esto creó en dichas islas y con buenos cuadros regimientos de instrucción, cuyo efectivo era indeterminado y podía subir hasta quince mil hombres. Uno formó en la isla de Walcheren, otro en la isla de Ré, otro en Belle-Isle y dos en el Mediterráneo, uno en Córcega y otro en la isla de Elba.

A cuanto concernía á estos regimientos dedicaba Napoleón una atención continua. Finalmente, creyéndolos en sazón, trató de enviar algunos miles de hombres, sacados del regimiento de Walcheren, para completar los cuartos y sextos batallones del general Davout. Su proyecto, si salía bien este ensayo, era proporcionar á este mariscal fuerza suficiente para elevar cada batallón á mil hombres.

Con el fin de trasladarlos de las bocas del Escalda á las orillas del Elba, ideó Napoleón hacerles pasar por las islas que se extienden á lo largo de Holanda, ya en bateles por las aguas interiores, ya á pie por entre los matorrales de Güeldres y la Frisia, y que cuando llegaran al continente les escoltara la caballería ligera del mariscal Davout, nada propicia á tratar con miramiento á los desertores y con la orden de hacerles andar á sablazos.

Bien salieron las primeras expediciones. De los enviados no se perdieron por la deserción más que una sexta parte, la cual para volver á Francia andaba por los bosques de día, por los caminos de noche, cruzaba los ríos como podía y hallaba asilo entre los alemanes, quienes á impulsos del odio que les inspirábamos, se hacían hospitalarios con nuestros soldados desertores. Las otras cinco sextas partes ingresadas en filas presentaban hombres robustos y de edad ya hecha, de quienes se podía esperar, tratándolos bien, excelente servicio.

El mariscal Davout, que en caso de necesidad sabía aflojar de su severidad extremada, había ordenado que se les habituara á la disciplina con dulzura. Así se hizo y no sin fruto. Entonces de todas las islas del Océano fueron enviados á miles, conduciéndoles por bandas y á paso de carrera para disminuir las deserciones. Por desgracia muchos llevaron las calenturas de Walcheren y las esparcieron en torno suyo. Pero el camino adoptado no podía convenir á todos y menos á los que pertenecían á las provincias del Este, los cuales fueron dirigidos al Rhin, desde donde se les embarcó en bateles que les trasladaron á Wesel sin tocar en tierra. Estos contrajeron en la travesía, y por consecuencia de la acumulación y la inmovilidad, enfermedades muy peligrosas. Se les condujo en seguida por la Westfalia, enfermos á menudo y siempre rebeldes al servicio militar, que empezaba para ellos bajo tales auspicios. Al principio se tuvo tiempo de uniformarlos y de instruirlos; pronto se les envió en traje de paisano, sin instrucción alguna, contando siempre con el mariscal Davout para convertir en soldados estos hombres llevados y tratados como rebaños.

Todo su esmero dedicó el mariscal á reparar parte de estos males (1), á tratar con miramientos á los infelices

(1) Aquí hablo, no á tenor de los folletos de 1815, sino de la correspondencia administrativa de los agentes del gobierno.

(N. del A.)

que le eran enviados, á calmarlos, á proveerlos de lo necesario, á comunicarles el espíritu de sus antiguas bandas, á aprovechar hasta las inclinaciones aventureras contraídas durante su vida de prófugos para inspirarles afición á la vida del campamento, para disponerlos, en fin, á hallar en la heroica y ruda profesión de las armas los placeres que sabían saborear él y sus soldados. Mas ¡qué corazones los que había que domar! ¡Qué tarea la de convertir en franceses á corsos, lombardos, ilirios, españoles, portugueses, holandeses, anseatas, y aun la de transformar á franceses, arrebatados á sus familias en la edad más tierna, en soldados robustos, disciplinados, exclusivamente adictos á su bandera, y arrancarles de las orillas del Po, del Arno, del Ródano, del Rhin, del Girona, del Loira, para hacerles vivaquear, helarse, morir de hambre ó de frío á orillas del Elba, del Vístula ó del Borístenes! ¡Y qué peligro, después de un éxito feliz de veinte años, el de fracasar por fin en el momento en que serían arrastrados á la desesperación todos los sentimientos más naturales, ajados sin medida!

Interin no llegaba este día tremendo era soberbia la exterioridad de las cosas, y bajo la mano del mariscal Davout había adquirido esta máquina belicosa un aspecto formidable. Uno tras otro le enviaba Napoleón los regimientos de caballería para montarlos en Alemania y para instruir á los reclutas. Temiendo que agotase á Francia de caballos, pues era necesario que los suministrase en extraordinaria cantidad á los ejércitos de España, se hallaba decidido á tomar cuantos pudiera sacar del Norte del continente. Los hizo pedir para la caballería ligera en Polonia y en Austria, para la caballería de línea y la pesada en Wurtemberg, en Franconia y en Hannover. Dondequiera ofreció pagar al contado y dispuso que se compraran treinta ó cuarenta mil caballos de todas armas, si era posible encontrarlos. Iguales órdenes expidió respecto de los caballos de tiro. Además prescribió la formación de la caballería en divisiones, é hizo partir á los generales con el fin de que velaran por el equipo y la instrucción de sus respectivos cuerpos.

No le ocupaba menos el material que la organización de las tropas. Su proyecto era, según hemos dicho, tener en Dantzick, además de las subsistencias para una guarnición de veinte mil hombres durante un año, las provisiones de un ejército de cuatrocientos á quinientos mil hombres para igual tiempo. Con objeto de conseguirlo, previno ante todo al general Rapp que estuviese á la mira del movimiento de granos en esta ciudad, que es uno de los más vastos depósitos de cereales que se conocen en Europa, y que nunca ignorase las cantidades almacenadas, para no hacer las compras más que en tiempo oportuno. Adoptado ya su partido, dispuso al cabo que se comenzaran las compras, que subieran hasta seiscientos ó setecientos mil quintales de trigo, hasta muchos millones de fanegas de avena y hasta el acaparamiento de todos los forrajes existentes. Tres cajas, la primera en Dantzick, la segunda en Magdeburgo, la tercera en Maguncia, conocidas sólo por él, para que no se contrajese el hábito de contar con ellas, debían suministrar los fondos necesarios para las compras.

No bastaba tener estas grandes porciones de víveres

sin proporcionarse los medios de llevarlas consigo. Como se ha visto, Napoleón había prescrito la reorganización de cierto número de batallones de parque, que podían enganchar y conducir mil quinientos carros de galleta. Pensando de continuo en el objeto que le ocupaba y hallando combinaciones nuevas á cada paso, desde el año precedente había inventado medios de transporte aun más poderosos é ingeniosos que los que le ocurrieron al principio. Para llevar el pan cotidiano detrás de los cuerpos era bueno el cajón ordinario tirado por cuatro caballos y conducido por dos hombres. Así un cajón podía asegurar el sustento de un batallón durante un día, y otra cosa necesitaba Napoleón al pretender que le siguieran víveres para todo el ejército durante cincuenta días ó dos meses; de resultas concibió el pensamiento de grandes carretas, tiradas por ocho caballos, conducidas por cuatro y aun por tres hombres y capaces de recibir una carga diez veces mayor que el cajón ordinario. De esta suerte decuplicaba el resultado, doblando apenas el gasto de conducción y de acarreo. Sin embargo, después de nuevas reflexiones, y pareciéndole muy pesadas tales carretas para los lodazales de Polonia y de Lituania, se atuvo Napoleón á un carro, tirado por cuatro caballos y guiado por dos hombres, lo cual mantenía la organización ordinaria del parque, y debía transportar lo que cuatro cajones ordinarios, ó lo que tres si se quería evitar la exposición de que la carga fuera pesada en demasía. Al punto hizo construir carros según este modelo en Francia, en Italia, en Alemania, y en cuantas partes residían los depósitos del parque, á fin de que los cuerpos tuviesen á la vez los cajones antiguos para transportar el pan cotidiano y los carros nuevos para transportar las provisiones de uno ó dos meses. Poniendo, por decirlo así, la mente en tortura, con el objeto de precaver todos los casos posibles, quiso añadir á su material carros de violín y carros de bueyes. Sabido es que los carros de violín son ligeros y ruedan fácilmente, tirados por un solo caballo acostumbrado á seguir al que le precede, de modo que un solo hombre puede dirigir muchos. Lentos son los carros de bueyes, pero el animal que los arrastra, tenaz y vigoroso, los arranca de los lodazales más profundos, y atado durante los instantes de descanso á una rueda, paciendo el musgo que está bajo sus patas, no da nada que hacer después de haber servido utilísimamente todo el día; y hasta puede servir de alimento mucho mejor que el caballo, propio para la manutención no más que en las últimas extremidades. Por estas razones decidióse Napoleón á añadir á los ocho batallones de parque, destinados al ejército de Rusia, cuatro batallones para los carros de violín y cinco para los de bueyes, determinando él mismo el método de organización que permitía á estos carreteros convertirse de pronto en soldados para defender el convoy dirigido por ellos. La organización de los unos se debía hacer en el Franco-Condado, la de los otros en Lombardía, en Alemania y en Polonia. Así se podía lisonjear de reunir el pan y la carne en los últimos convoyes.

Napoleón calculaba que estos diez y siete batallones, dirigiendo de cinco á seis mil carros, le asegurarían víveres para doscientos mil hombres por dos meses ó para trescientos mil por cuarenta días. Este resultado le bastaba, pues se proponía embarcar en Dantzick sus pro-

visiones por el Vístula, y llevarlas por este río al Frische-Haff, del Frische-Haff al Prégel y del Prégel al Niemen por canales interiores. Hasta había enviado algunos oficiales de su marina para estudiar el plan de esta navegación á las calladas. Ya junto al Niemen con quinientos ó seiscientos mil hombres, se internaría en Rusia con trescientos mil á lo sumo, y teniendo entonces, según el cálculo precedente, víveres para cuarenta días en los carros, esperaba tener medios de subsistir con lo que hallara sobre el terreno, pues á pesar de los planes de destrucción de los rusos, podía acontecer que les faltara espacio para acabar con todo. Destruir es abominable tarea, pero tarea que exige tiempo como cualquiera otra, y hasta el ejemplo de Portugal demostraba que podía carecer de este tiempo el enemigo más determinado á no conservar nada. Sobre estas razones y estos inmensos preparativos fundaba Napoleón su esperanza de vivir en las vastas llanuras del Norte, que pensaba encontrar alternativamente desiertas ó taladas.

Pero estos cinco ó seis mil carros suponían por sí solos ocho ó diez mil hombres para conducirlos, diez y ocho ó veinte mil caballos ó bueyes para arrastrarlos, y si se añaden treinta mil caballos de artillería, y probablemente ochenta mil de los jinetes, se puede formar idea de los obstáculos que era menester superar en materia de provisiones, pues estos animales, destinados á hacer vivir á las tropas, también necesitaban que se cuidase de mantenerlos. A esta necesidad esperaba atender Napoleón no comenzando las operaciones ofensivas hasta que brotase la hierba en los campos.

Sabiendo que el soldado prefiere en mucho el pan á la galleta, y habiendo reconocido que para proporcionarse pan la dificultad no está en cocerlo, sino en convertir el grano en harina, mandó que se moliera en Dantzick la mayor cantidad de grano, que se guardara la harina que resultase en barriles adaptados á los nuevos carros, y que en todas partes se alistarán albañiles por dinero para construir hornos en cualquiera de los lugares donde se hiciese alto. Estos albañiles debían ser incorporados á las tropas de operarios de todas las profesiones que trataba de llevar consigo, como tahoneros, carpinteros, herreros, pontoneros, etc.

Por último los trenes de puente, objeto no menos grave de sus atenciones, recibieron nuevos perfeccionamientos en este segundo año de sus preparativos. Había ordenado la construcción de dos trenes en Dantzick de cien barcas cada uno, capaces de servir para echar dos puentes sobre los ríos más anchos y llevados según costumbre en carromatos. Como rara vez falta madera, sobre todo en la región donde iban á tener lugar las hostilidades, y como los herrajes y las cuerdas constituyen la única parte difícil de juntar, Napoleón mandó reunir cables, anclas, ganchos y ensambles de toda clase para otro nuevo tren de puente, prescindiendo no más que de las maderas, pues aguardaba hallarlas sobre el terreno. Queriendo tener asimismo puentes fijos, hizo preparar en Dantzick cabezas de estacas de hierro, herrajes para unir estas estacas, mazas para sumergirlas, de modo que los pontoneros estuvieran provistos de cuanto necesitasen para echar, además de los puentes de barcas, puentes sobre caballetes ó sobre estacas. Todo este material debía seguir al ejército en numerosos carros. El general Eblé que casi sin recursos había ejecutado á

orillas del Tajo tantas maravillas de esta especie, fué colocado al frente del cuerpo de pontoneros. Dos mil caballos fueron destinados á este nuevo parque. *Con tales medios*, escribía entonces Napoleón, *devoraremos todos los obstáculos* (1).

Aunque Napoleón hubiese confiado al mariscal Davout la organización de la mayor parte del ejército porque le consideraba como un organizador consumado, un administrador probo y severo, no le destinaba todo el mando, que naturalmente reservaba para sí solo. Pero quería que, en caso de repentinas hostilidades, hubiese junto al Elba y el Óder y bajo una sola mano un ejército de ciento cincuenta mil franceses y de cincuenta mil polacos, pronto á dirigirse al Vístula á paso de carrera. Más tarde, cuando hubieran comenzado las operaciones, se proponía destacar de él una porción que, unida al cuerpo del Rhin, se repartiera entre los mariscales Oudinot y Ney. El mariscal Oudinot debía reunir en Múnster los regimientos acantonados en Holanda, el mariscal Ney en Maguncia los que estaban acantonados junto al Rhin. A uno y otro había prevenido que se unieran inmediatamente á sus cuerpos y que empezaran la organización de su infantería y su artillería. En cuanto á la caballería, cada cual la recibiría por su parte al entrar en Alemania, donde ya habían sido enviadas á fin de montarse todas las tropas de á caballo. Independientemente de estas fuerzas, ya tan considerables, debían estar repartidos entre los diferentes cuerpos de nuestro ejército cien mil aliados de todas las naciones. Orden tenían de ir á establecerse en los puntos de reunión los generales franceses destinados á mandar estas tropas aliadas.

Napoleón mandó al príncipe Eugenio que estuviera pronto á fines del próximo invierno para pasar los Alpes con el ejército de Italia. Según se ha visto, gracias á la confianza que á la sazón le inspiraba el Austria, había reunido en Lombardía casi la totalidad de los ejércitos de Iliria y de Nápoles. De cada uno de los regimientos, de cinco batallones todos, había elegido tres batallones preferentes para llevarlos á Rusia. Se proponía formar con ellos un ejército de cuarenta mil franceses, reforzado con veinte mil italianos, que á las órdenes del príncipe Eugenio cruzara los Alpes en marzo. Los cuartos y quintos batallones retenidos en los depósitos, con muchos regimientos enteros y el ejército de Murat, estaban encargados de guardar la Italia contra los ingleses y contra los descontentos. Los quintos de 1811 y los prófugos de la isla de Elba, sometidos á una ruda disciplina, debían completar sucesivamente durante el invierno los cuartos y quintos batallones, mermados para llenar el contingente de los tres primeros. Además Napoleón había tomado de las tropas de Iliria y de Italia diez á doce regimientos enteros para crear un ejército de reserva, que debía dirigirse á España á reemplazar á la guardia imperial y á los polacos, cuya marcha á Rusia estaba resuelta. Así, aun preparándose Napoleón

(1) No necesito repetir que doy estos pormenores, vagamente conocidos hasta ahora, nunca enumerados con la puntualidad y la exactitud necesarias, á tenor de la correspondencia de Napoleón, admirable para esta clase de previsión sobre todo, á tenor de las del mariscal Davout, del general Rapp, del ministro de la administración de guerra, de los jefes de los pontoneros y de la artillería.
(N. del A.)

á descargar un golpe terrible en el Norte, no renunciaba á descargar otro en el Mediodía, yendo en pos de todos los objetos á la vez según su costumbre. Un año antes hubiérase hallado establecido este ejército de reserva en España mejor que en parte alguna, pues allí era el teatro de los sucesos decisivos; por el contrario, ahora siendo la cuestión trasladada al Norte, allá se necesitaba que refluiesen todas las fuerzas, reduciéndose en España á una defensiva enérgica junto á los límites de Castilla la Vieja y de Andalucía. Pero Napoleón en su ardimiento, tomando por efectivo cuanto concebía su imaginación vasta, creía poder vibrar el rayo en Cádiz y en Moscou al propio tiempo.

Mientras se entregaba Napoleón á estas inmensas concepciones, cuya ejecución estaba fijada irrevocablemente para la próxima primavera, pensaba en ir á visitar en persona un país recién incorporado al imperio, un país que estimaba mucho, sobre cuyo espíritu se prometía ejercer un favorable influjo con su presencia, y desde donde le era posible inspeccionar por sí mismo una parte de sus aprestos militares; este país era la Holanda. Muchas veces había aplazado el proyecto de este viaje, y tenía empeño en realizarlo antes de la gran guerra del Norte, no queriendo que, cuando se hallara junto al Dwina ó el Borístenes le pudieran causar los ingleses respecto del Texel ó de Amsterdam alguna inquietud grave, como la que le hicieron experimentar respecto de Amberes durante la campaña de 1809.

Otro motivo para emprender este viaje era el de dar impulso á sus combinaciones marítimas. Persistiendo en abarcarlo todo á la vez, no había renunciado de ninguna manera á sus creaciones navales, y con tanta actividad se ocupaba en lo concerniente á ellas como si no pensara en la guerra de Rusia. Principalmente se proponía tener en zozobra á los ingleses, impedirles con inquietudes continuas desguarnecer la Inglaterra, y retirar de allí tropas para enviarlas á la península. Con este fin había resuelto hacerles vivir bajo la amenaza de expediciones prevenidas siempre contra Irlanda, Sicilia y aun Egipto, y así esperaba en el caso poco probable, si bien posible, de que la guerra se evitase, tener medios de embarcar cerca de cien mil hombres.

Ahora que tenía enteramente á su disposición el Escalda, había combinado de otra manera su flotilla de Boloña. Después de haberla reducido de modo que sólo constaba de los mejores buques, podía embarcar en ella, no ya ciento cincuenta mil hombres como antes, sino cuarenta mil tan sólo. Limitada de esta suerte la partida, la travesía y el arribo eran perfectamente practicables. Además sobre el Escalda tenía diez y seis buques en Flesinga, que se debían aumentar hasta veintidós muy pronto. Agregando á éstos una escuadrilla de bergantines, de corbetas, de fragatas, de grandes lanchas cañoneras, contaba con medios de embarque para treinta mil hombres, independientemente de una escuadra de guerra capaz de mantenerse en el mar y de dar cima á una navegación bastante larga. También contaba en el Texel con ocho ó diez navíos, tantas veces y tan en vano pedidos á su hermano Luis, y ya aprestados desde que administraba la Holanda. Escoltando esta escuadra á una flotilla, estaba en proporción de llevar á bordo uno veinte mil hombres. Algunas fragatas existían en Cherburgo, dos navíos en Brest, cuatro en Lorient, siete

en Rochefort, y con estos elementos, y por medio de incorporaciones diestramente llevadas á cabo, se prometía Napoleón recomponer la escuadra de Brest. De ella se quería servir para enviar algunas tropas á las islas de Jersey y de Guernesey, de las que aspiraba á apoderarse. Por último tenía en Tolón diez y ocho navíos, que con la concurrencia de Génova y Nápoles esperaba elevar á veinticuatro, no contando muchas fragatas, gabarras y bateles de nuevo modelo. Así había preparado en el Mediterráneo medios de embarque para cuarenta mil hombres, y sobre cerca de treinta más podía hacer sus cálculos empleando el auxilio de cierto número de buques viejos armados como urcas. Esta expedición debía amenazar alternativamente á Cádiz, Argel, Sicilia y Egipto. Además tres navíos y algunas fragatas había en Venecia, y sobre camellos iban á salir de las lagunas con dirección á Ancona. Muy pronto debían seguirles otros dos navíos y muchas fragatas, capaces de dominar el Adriático.

Aumentar quería Napoleón estos recursos, ya tan vastos, en los años de 1812 y de 1813, y esperaba llegar á ochenta y aun á cien navíos, y juntar así medios de embarque para cerca de ciento cincuenta mil hombres. Lo que es para cien mil ya los poseía, y aun sin tentar una invasión en la Inglaterra podía lanzar treinta mil hombres á Irlanda, veinte mil á Sicilia, treinta mil á Egipto y causar gran disturbio entre los ingleses. Además podía recuperar El Cabo, perdido mucho antes, la isla de Francia y la Martinica, perdidas hacía poco. Por consiguiente, si la paz del continente se consolidaba sin proporcionarle la paz marítima, tenía medios de herir directamente á la Inglaterra. Para estos diversos objetos y para algunos de los preparativos de la guerra de Rusia, le era indispensable un viaje á las costas.

Partiendo de Compiègne el 19 de septiembre y parando sucesivamente en Amberes y en Flesinga, inspeccionó los trabajos proyectados para hacer inaccesible el Escalda; se ocupó especialmente de la artillería de grande alcance, necesaria en estas posiciones; se embarcó en la escuadra de Flesinga bajo el pabellón del almirante Missiessy, la hizo poner á la vela, fué sorprendido por un temporal, estuvo en el mar treinta y seis horas sin poderse comunicar con tierra, y quedó muy contento de la instrucción y el aspecto de sus tripulaciones. Aunque bloqueado, el oficial prudente y de peso que los mandaba se aprovechó de las aguas del Escalda para entrar y salir á menudo, y para dar, navegando por aquellos bajos, un notable grado de instrucción á sus marinos. Napoleón concedió recompensas á todos, hizo grandes elogios de su almirante y dejó á la marina de esta región tan satisfecha como alentada.

Pero como la vista de los objetos fecundaba siempre su espíritu, halló procedimientos muy ingeniosos para perfeccionar ciertas cosas ó para corregir otras. Ya se ha visto cómo su ejército empezaba á mezclarse con soldados de todas las naciones, ilirios, toscanos, romanos, españoles, portugueses, holandeses, anseatas, etc., y lo mismo sucedía en la escuadra. Además de antiguos franceses contaba hamburgueses, genoveses, catalanes, napolitanos, venecianos, dálmatas. A bordo de los navíos no se estaba sin zozobra en punto á la fidelidad de estos marineros de orígenes tan diferentes, y si servían bien en los puertos, podíase temer que en el mar con-

trariasen las maniobras á fin de hacerse apresar por los ingleses, lo cual era el cautiverio de los franceses, pero la libertad de ellos. En buques salidos de los puertos se habían echado de ver destrozos en las jarcias evidentemente producidos por la malevolencia é imputables por tanto á una infidelidad oculta que podía llegar á ser peligrosa. Napoleón tuvo la idea de poner á bordo de cada navío una guarnición compuesta de una compañía de ciento cincuenta hombres de infantería, todos antiguos franceses. Independientemente de la guardia imperial y de los regimientos extranjeros, había ciento y treinta regimientos de infantería, unos de cinco y otros de seis batallones, y resolvió que de los de depósito mejor organizados se tomara una compañía de infantería para situarla á bordo de los navíos de línea y para que residiera allí habitualmente. Ascendiendo á la sazón los navíos armados á cerca de ochenta, bastaba añadir una compañía en ochenta de estos batallones de depósito para llenar el vacío que se dejara y proporcionarse una fuerza utilísima en la escuadra, ya para afianzar la seguridad de ella, ya para contribuir al combate en caso de encuentro con el enemigo.

Según su costumbre de ejecutar sus proyectos sin demora una vez concebidos, Napoleón expidió inmediatamente las órdenes necesarias para el envío de estas compañías de guarnición á todos los puertos de mar donde estaban reunidas las escuadras. Siempre impaciente en la prosecución de sus fines, había insistido mucho en Amberes para que las construcciones se sucediesen sin descanso, y para que al punto de ser botado un buque al agua se le reemplazara con otro en los astilleros. Escaseando las maderas de construcción, imaginó para proporcionárselas un vasto sistema de transportes desde Hamburgo á Amsterdam por medio de pequeños bastimentos que pasaran entre la tierra y las islas, que guarnecen la playa del mar del Norte desde las bocas del Elba hasta el Zuiderzée. No se satisfizo con esto. Un verano muy seco y que había dado vinos excelentes (los llamados de la Cometa) fué dañoso al desarrollo de cereales. Dondequiera se anunciaba la carestía, y á cada instante subían de precio los granos. Napoleón revisó las licencias concedidas para su exportación, y ordenó comprar en Hamburgo trigos que que debían ser transportados á Francia á lo largo de las costas, ó bien siguiendo los ríos y los canales, y allí donde no se enlazaban los unos á los otros, ejecutando algunas cortas travesías por tierra, para ir por ejemplo del Elba al Wésér, del Wésér al Ems, del Ems al Zuiderzée. Veinte mil caballos de artillería y del parque, ociosos hasta la ruptura de las hostilidades con Rusia, fueron empleados en estas travesías cortas, no haciendo más que medio trabajo para tenerlos en movimiento y sin rendirlos á la fatiga.

Después de haber inspeccionado el regimiento de Walcheren, y prescrito diferentes medidas relativas á la salud de los hombres y á su equipo, Napoleón pasó á Holanda y se dirigió á Amsterdam. Afligidísimo el pueblo holandés por haber perdido su independencia, esperaba no obstante hallar algún resarcimiento en su incorporación á un grande imperio y en la administración vivificante de Napoleón. Poco tiempo antes había habido ejecuciones sangrientas en Ost-Frisia con motivo del sorteo de la quinta: sin embargo, ya fuese por el

prestigio de la gloria, ya por el atractivo de las fiestas hasta en los pueblos más fríos, los holandeses recibieron con aclamaciones al conquistador que les había arrebatado su independencia, y á quien no amaban, como se verá muy en breve. Tal fué la acogida, que el mismo Napoleón tuvo motivo para engañarse. A la vista de un país tan rico, tan felizmente situado para las operaciones marítimas y que le acogía con tan halagüeñas demostraciones, concibió mil combinaciones nuevas, le otorgó facilidades para la pesca, suprimió diversas trabas, que embarazaban la navegación interior del Zuiderzée, y le dejó por el momento lleno de esperanzas y de ilusiones.

Entre otros cuidados que habían atraído á Napoleón á la Holanda, á pesar de la mala estación, no era el menor el de la defensa de nuevas fronteras. Con el admirable golpe de vista que, al simple aspecto de un mapa, le hacía discernir cómo se podía defender ó atacar un país, descubrió al punto el mejor sistema de defensa para la Holanda. Ante todo determinó, en vista de los peligros que podían amenazarla por parte de los ingleses, que el depósito del material de guerra no estuviera en el Texel, ni en Amsterdam, ni aun en Rotterdam, sino en Amberes, y dispuso que inmediatamente se trasladaran allá todas las riquezas de los arsenales holandeses. Decidió que la primera línea de defensa pasase por el Wesel, Kœwerden y Groninga, abarcando no sólo la Holanda propiamente dicha, sino también el Güeldres, el Over Issel y la Frisia, línea débil á pesar de todo y sin más valor que el de las obras avanzadas. Otra segunda línea designó más fuerte, arrancando del Rhin hacia Emmerich, siguiendo el Issel, pasando por Deventer y Zwolle, abarcando el Güeldres y la mitad del Zuiderzée, cubriendo casi toda la Holanda menos la Frisia. Pero estableció que la verdadera línea de defensa era la que, abandonando el Rhin, ó Wahal, sólo en Gorcum, fuese á parar á Naarden junto al Zuiderzée. Efectivamente esta línea cubría la parte más holandesa de la Holanda, compuesta de fértiles tierras, de ciudades florecientes, situadas todas por bajo del nivel de las aguas y que podían ser convertidas por medio de inundaciones en islas inexpugnables, que se enlazarían al Rhin por el poderoso brazo del Wahal, de modo que la nueva Francia, defendida por la magnífica línea del Rhin desde Basilea á Nimega, debía al partir de este punto cambiarse en islas inaccesibles del todo para el enemigo, aun siendo enemigo marítimo, mediante las obras del Texel que formarían su punta extrema é invencible.

Auxiliado en la ejecución de sus planes por el hábil general de ingenieros Chasseloup, dispuso Napoleón que en el mismo Texel se hicieran soberbios trabajos, cuyo objeto era dar abrigo á una inmensa escuadra con sus almacenes, proporcionarla que entrase y saliese con todos los vientos, y cerrar completamente el Zuiderzée.

Dadas estas órdenes, siempre concebidas bajo la hipótesis de una lucha suprema y formidable que no cesaba de tener ante la mente, sin que le intimidara, se dirigió á Wessel, donde prescribió otros trabajos para asegurar la defensa de esta ciudad, y proporcionarle una importancia administrativa que no tenía. Quería hacer de ella el Strasburgo del Rhin inferior. Acababa de decretar el magnífico camino de Amberes á Amsterdam;

proyectó el de Wessel á Hamburgo, y al mismo tiempo tomó pretexto de su presencia en aquellos lugares para pasar revista á dos excelentes divisiones de coraceros. Inspeccionólos entre Dusseldorf y Colonia, proveyó á lo que les faltaba bajo el aspecto de la organización y del equipo, y aprovechóse de su llegada al Rhin para encaminarlos sin ruido hacia el Elba. Era una manera cómoda de hacer que avanzara sin llamar casi la atención su caballería pesada, de la cual formaban alrededor de la mitad estas dos divisiones. A la sazón ocupóse en la creación de los lanceros. Ya en Polonia había podido enterarse de la utilidad de la lanza: resolvió aprovecharla en la próxima guerra, y se determinó á convertir en regimientos de lanceros seis de dragones, uno de cazadores y dos de caballería polaca, con lo cual subiría esta arma á nueve regimientos. De Polonia hizo venir instructores, amaestrados en su país en el manejo de la lanza, y repartiólos en los regimientos nuevamente creados. Después de dedicar la atención necesaria á estos diversos objetos, marchó á Colonia y fijó la clase de defensa de que era capaz esta plaza.

Mientras se ocupaba al paso en estos pormenores numerosos, tuvo que adoptar muchas determinaciones relativas á la política exterior é interior del imperio. Hondamente inquieta la Prusia, según se ha visto, de la próxima guerra, perdía el reposo. Se le alcanzaba perfectamente que, siendo el territorio prusiano el camino forzoso de los ejércitos beligerantes, le sería imposible permanecer neutral, y no debiendo nada á Rusia, que en 1807 celebró la paz á sus expensas, y hasta aceptó una parte de su territorio (el distrito de Bialistock), propendía á aliarse con Napoleón, siempre que le garantizase el resto de sus Estados y una indemnización territorial, si le servía bien. Por desgracia Napoleón se mostraba sordo á sus insinuaciones, para no revelar demasiado pronto sus designios, y en el error de que estaba poseído, achacaba esta reserva al proyecto de arrebatarle un día dado el trono, el ejército y la monarquía de Prusia. Asediando al rey de continuo este desolador pensamiento, no perdía instante en armarse, y en vez de los cuarenta y dos mil hombres fijados por los tratados, tenía más de cien mil, con licencia la mitad de ellos, bien que prontos á reunirse por medio de una combinación ya antes explicada.

Como ya hemos expuesto, el plan de la corte de Prusia era obligar á Napoleón á que se declarara, cuando los sucesos estuviesen maduros, y si rehusaba su alianza, lanzarse más allá del Vístula con ciento ó ciento cincuenta mil hombres é ir á juntarse por Kœnigsberg á los rusos. Por disimulados que fuesen estos preparativos, no se podían escapar á un observador tan experimentado como el mariscal Davout, presente en el terreno y muy vigilante. Además Mr. de Hardenberg, tratando cotidianamente de hacer que se explicara Mr. de Saint-Marsán, ministro de Francia, y empeñándose, para conseguirlo, en ponerle de manifiesto los recursos que podía ofrecer al aliado cuya causa abrazara, avanzó hasta decirle que aun cuando sólo tuviera sobre las armas unos cuarenta mil hombres, en caso de necesidad podía armar cincuenta mil más en pocos días. Estas palabras escapadas al primer ministro prusiano, fueron un rayo de luz, y Napoleón ordenó á Mr. de Saint-Marsán, que se presentara inmediatamente al rey y al mi-

nistro y les declarase á uno y á otro que al fin había abierto los ojos relativamente á los planes de Prusia; que era menester que desarmase sin demora, fiando en su palabra de honor que le admitiría á su alianza bajo condiciones satisfactorias cuando la prudencia permitiera explicarse, ó que esperase ver marchar al mariscal Davout con cien mil hombres sobre Berlín y borrar del mapa de Europa los últimos restos de la monarquía prusiana. En consecuencia comunicáronse órdenes al mariscal Davout para que se trasladase junto al Óder desde luego y cortase al ejército prusiano el camino del Vístula, y en caso de necesidad se apoderase en el mismo Potsdam de la corte.

También adoptó Napoleón resoluciones muy importantes respecto de Suecia. Ya hemos referido la elección del nuevo príncipe real: éste no había podido perdonar á Napoleón que cerrase los oídos á la proposición de cederle la Noruega. Recién llegado á Suecia, no debiendo su elección sino á circunstancias transitorias y especialmente á la gloria de los ejércitos franceses; no teniendo en realidad ningún partido que le fuera personalmente adicto, y ganando poco en ser visto de cerca, porque muy luego se le hallaba arrogante, jactancioso, pródigo de locas promesas, menos militar de lo que pretendía serlo, había pensado recomendarse á los suecos con una adquisición brillante que halagara su patriotismo. Ahora bien: aun cuando se sintieran desconsolados los suecos por la pérdida de Finlandia, se les alcanzaba á pesar de todo que esta provincia, tan necesaria para Rusia, sería perenne objeto de sus deseos y de sus esfuerzos; que tomando definitivamente por línea divisoria de los dos Estados el golfo de Bothnia, se adoptaría una frontera más verdadera (salvo las islas de Aland, indispensables para la seguridad de Estocolmo, y particularmente en invierno), y que en Noruega era donde se debía buscar más bien el resarcimiento de lo que Suecia había perdido. Esta era la razón por la cual el príncipe Bernadotte había solicitado de Napoleón en su agitación febril la Noruega y no la Finlandia, según se ha visto. Y á la verdad Napoleón podía prometer, y hasta dar, la Finlandia, en la hipótesis de una guerra feliz contra Rusia, pero hubiera cometido una verdadera traición respecto de una aliada fiel como Dinamarca sólo con vacilar respecto de Noruega. Su significativo silencio había iluminado al príncipe real y desde entonces éste empezó á abandonarse á un odio cuyo germen había prendido en su corazón mucho tiempo antes. Debilitado por la edad y los achaques el monarca reinante, le había confiado la regencia de su monarquía, al menos interinamente. De ella se había aprovechado Bernadotte para acariciar al partido ruso y al partido inglés, sin abandonar á pesar de todo ostensiblemente al partido francés, al cual debía su elección. No explicándose todavía á las claras contra la Francia, no cesaba de blasonar de sueco ante todo, de manifestar que estaba dispuesto á sacrificarse por su nueva patria, y de repetir que Suecia no era patrimonio de nadie, y sólo tendría por aliados á los que atendieran y sirvieran á sus intereses. Mientras en público sostenía este lenguaje, favorecía más que nunca el comercio clandestino, hacía decir bajo mano á los ingleses que podían seguir frecuentando los alrededores de Gothenburgo, á pesar de la aparente declaración de guerra, é insinuaba á la lega-